

la escala, cuando una bala de arcabúz le penetró la ingle desnuda de la coraza, y le derribó en el foso. Murió al cabo de algunos momentos, de edad de treinta y ocho años; pero el Príncipe de Orange, que le sucedió en el mando del ejército, ocultó su cadáver con tanto cuidado que las tropas ignoraron su muerte hasta después de la toma de la ciudad, lo que solo sirvió para redoblar los hereges su furor.

44. Cayó primero sobre un cuerpo de tropas romanas, á cuya cabeza se hallaba el general Rencio Cheri, fanfarron presuntuoso antes del ataque de la plaza, de cuya seguridad habia respondido, y poltron infame á vista del mas pequeño peligro; pues viendo que algunos españoles habian entrado por una frontera, comenzó á gritar, *sálvese quien pueda*, y dió el ejemplo de la fuga, corriendo con todas sus fuerzas hácia el castillo de Sant-Angelo. La multitud de imperiales que entraron sin resistencia por la parte de los fuertes abandonados de este modo, y por las puertas vecinas, ensangrentaron sus espadas en aquella masa confusa de fugitivos que se embarazaban unos á otros, y mataron cerca de tres mil. La guardia suiza que quiso resistir delante del palacio fue hecha pedazos. El Papa, en lugar de salirse al campo y refugiarse en alguna buena plaza del estado eclesiástico, como podia egecutarlo fácilmente con su guardia de á caballo, fue en persona á darse prisionero en el castillo de Sant-Angelo, con una porcion de cardenales y embajadores, dejando toda la ciudad sin custodia y sin protectores. No quedaron otros grandes

que los que eran adictos al Emperador, junto con gran número de aquellos ciudadanos que conservaban todavía el espíritu antipatriótico de la antigua faccion de los gibelinos. Éstos sin tomar parte alguna en la defensa de la ciudad se habian encerrado en sus casas, y esperaban allí un tratamiento favorable; pero espermentaron sin distincion alguna el tratamiento de una soldadesca furiosa dejada en plena libertad.

No diremos que las casas fueron saqueadas, los ciudadanos degollados, las esposas y doncellas violadas sin distincion de estado, de clase, de edad, de partido (1). Roma habia sufrido otra vez estas calamidades de parte de los godos y de los vándalos; pero lo que los bárbaros habian perdonado, las cosas mas santas, las llaves sagradas de San Pedro y San Pablo, y nuestros terribles misterios, vinieron á ser el juguete de aquellos brutales hereges, entre los cuales la blasfemia y el sacrilegio eran la profesion mas aplaudida del nuevo evangelio. ¿Y cuántos no los imitaron entre los mismos soldados que se honraban con el glorioso título de católicos? Después de los palacios de los cardenales, de los embajadores, de todos los grandes, y aun con mas ardor que estos despojos profanos, fueron forzados y asolados todos los templos y todos los monasterios de uno y otro sexo. Las señoras romanas, junto con las vírgenes consagradas al Señor, que habian buscado en el lugar santo un asilo á su honestidad, no hallaron mas que el sacrilegio además de su infamia. En la basilica del

(1) *Guicch. l. 18. Pontan. l. 3. = Glorier. de direp. Urb.*

oía gritar eternamente que todo era claro en la Escritura, y que no era necesario mas que abrir los ojos para entenderlo. Sobre esta supuesta evidencia no halló Lutero cosa mas audáz é impía en Zuinglio, que el desechar el sentido literal de las palabras de la consagracion. Zuinglio, por su parte miraba el concepto de Lutero como propio de un espíritu grosero, y el colmo del absurdo. ¡O vosotros, les decia Erasmo (1), que apelais á la pura palabra de Dios, poneos á lo menos de acuerdo entre vosotros, antes de dar la ley al universo! Lutero mostraba buen semblante, pero el orgullo que manifestaba en lo exterior, no le impedía experimentar en su corazón y delante de sus amigos un abatimiento, del cual nos dice Melancton, que no podía él ser testigo sin lástima.

47. Sin embargo, avanzando (2), según su costumbre, con tanto mayor ímpetu, cuanto eran mas los obstáculos que se le oponian, lejos de abandonar su dogma monstruoso del pan y del vino incorporados en la Eucaristía con la carne y la sangre del Hijo de Dios, ó de un pan carnal, y de un vino sangriento, como él mismo se explica poco despues, publicó el dogma todavía mas monstruoso de la ubiquidad, é intentó seriamente probarle con sofismas pueriles. La humanidad de Jesucristo, decia, está unida á la divinidad; luego esta humanidad está en todas partes donde se halla la divinidad. Jesucristo como hombre, está sentado á la diestra de Dios; pero la diestra de

(1) *Erasm. l. 19. Epist. 3.* (2) *Mel. l. 4. Epist. 76.*

Dios está en todas partes, luego lo está tambien Jesucristo en cuanto hombre: y caminando de consecuencia en consecuencia con su calor acostumbrado, concluía que el Redentor estaba en los cielos antes de la Ascension, y estaba tambien en el sepulcro cuando los ángeles dijeron que no estaba allí. Estos delirios fueron sin embargo adoptados inmediatamente por muchos discípulos de un maestro, que subyugaba hasta sus opiniones y sus juicios. Melancton lloraba estos errores, y detestó invariablemente la ubiquidad; pero sin atreverse á manifestar su sentir en vida de Lutero. Con todo adquirió tal favor el nuevo artículo, que en algunos años dominó sin contradicción en la secta luterana. Tal es la suerte aun de la misma verdad, en manos de los intrusos que se hacen sus defensores. Lutero, por defender el misterio de la Eucaristía, sostuvo que Jesucristo en cuanto hombre no estaba presente en él de otra manera, que como está Dios en el leño, en la piedra y en toda la naturaleza material.

48. Los sacramentarios viéndose tan duramente rechazados por los luteranos, redoblaron su ardor en aumentar los partidarios de su secta, y adquirir con el número la estimacion que se negaba á su doctrina. Queriendo los suizos del canton de Berna, á quienes habian ganado, atraer otros sucesivamente, convocaron para una conferencia, á la cual convidaron á todos los cantones y á los obispos de Basilea, de Cestanza, de Lausana y de Sion ó Sedun. Aunque apercibieron á estos prelados para que

concurriesen á ella; bajo la pena de perder los bienes que poseían en el canton de Berna, todos se negaron á comparecer en una asamblea en que se proponia deliberar sobre los puntos mas constantes de la fe, someterlos al juicio del poder político, y aun tomar solamente por regla de sus decisiones la Escritura santa, sin atender á la tradicion.

Esta nueva especie de concilio tuvo el éxito que debía esperarse: prohibióse en él dirigirse en lo sucesivo á los obispos, abolieron la misa, los altares, las imágenes, las oraciones por los difuntos, todas las ceremonias y ritos de la Iglesia católica; y como el matrimonio, ó libertinage, era de esencia de todas estas escenas sacrílegas, permitieron legalmente á los frailes, monjas y clérigos el casarse. Esto se hizo á instancias de un monge fugitivo, llamado Blaurer, reclamado por el abad de Alberspach, y despues apóstata declarado, y elevado á personage ilustre por Calvino, por haber pervertido á Constanza. Además de esta ciudad, las de Lindau, de Strasbourgo, de Ausbourgo, de Ulma y Yena, tomaron parte en las revoluciones de Berna, junto con los cantones de Basiléa, de Schaffausa, de Zurich, y algunos diputados de Appenzel, sin contar las ligas de San Gal, de Mulhausen, y de los grisones. Por el contrario aquella parte de suizos, que por sus primeras hazañas por la libertad habian dado su nombre á toda la nacion, poniendo igual grandeza de alma en perseverar en la religion de sus padres, junto con los cantones de Lucerna, de Soleure, de Fribourgo, de Urderval de

Uri, de Zug, con el de Glaris, que aun no habia apostatado, escribieron á sus compatriotas seducidos una carta muy enérgica, conjurándolos á no obscurecer en un momento el mas bello lustre de la patria, substituyendo al título de defensores de la Iglesia, que habian heredado de sus mayores, el de sus enemigos, y desertores viles. Todo lo que produjeron estas representaciones fue hacer imprimir en la religion nueva la nota visible de su falsedad, por aquellos mismos que la abrazaban. Declararon que solo admitian esta doctrina, reservándose la libertad de añadir á ella, ó quitar lo que les pareciese. Prueba sensible de la incertidumbre de su fe, y por consiguiente de su corrupcion.

49. Viendo de este modo la Francia el contagio á sus puertas, redobló sus esfuerzos para impedir que penetrase en ella. La universidad de París no cesó un momento de proscribir todo lo que se resentia de las novedades heréticas, ya en las producciones de mil autores anónimos ó sin rebozo, y ya en las obras de los sábios mas conocidos y célebres por poco que fuesen sospechosos. El nombre mismo de Erasmo, mirado como el prodigio de su siglo, no fue capaz de contenerla. A solicitud de Natal de Beda, síndico de la facultad de teología, fulminó contra aquel ilustre estrangero una censura motivada, muy estensa, y tan severa, que ciertos modernos la acusan de una clara parcialidad (1). Convendremos con ellos en que al fin Erasmo pareció siempre un

(1) *Erasm. Epíst. ad Bibald.*

objeto estimado de los Papas, de los Príncipes mas católicos, de la mayor parte de los sábios, y que se sujetó espresamente, en la interpretacion de la Escritura santa, á la autoridad de la Iglesia, la cual me hace recibir, dice San Agustin, la Escritura misma, y sin la cual, continúa, todos los razonamientos y todas las disputas jamás concluirían cosa alguna. Pero es necesario convenir tambien en que tuvo, á lo menos por espacio de mucho tiempo, respetos, relaciones con los sectarios mas furiosos, y aun alguna vez un language equívoco, y en una palabra, unos procedimientos infinitamente distantes de los que ordena Jesucristo en estos términos: *el que no es en favor mio, es contra mí*. Es igualmente difícil, al leer sin interrupcion la censura, cuya estension no nos permite reproducirla, y al ver todas las proposiciones de Erasmo comparadas de cerca unas con otras; es muy difícil, repito, no hallar en ellas un luteranismo mitigado, que podia no imputarse personalmente al autor, pero puede dar á los censores un derecho de proscribirle, como resultante del sentido natural de sus espresiones. ¿No será la adhesion de Erasmo á este semi-luteranismo, resucitado bajo de otro nombre, mas bien que el interés por su persona, el que le haya adquirido tantos grandes apologistas? En cuanto á sus ilustres protectores, ¿no es constante que el que tiene una grande opinion puede evadirse de la reprehension de las potestades atentas á evitar mayores males? Pero nadie se exime de los decretos imparciales y terribles de la posteridad. Francisco I, guiado

por la benevolencia con que honraba las ciencias y los sábios, templó el ardor de los doctores de París, reprendió fuertemente al Síndico; y para dar á Erasmo un testimonio del aprecio singular que le profesaba, le convidó á establecerse en Francia, donde le ofrecia todas las ventajas capaces de hacerle abrazar este partido, el que sin embargo no aceptó.

50. No obstante, para dar á conocer el Rey que si obraba de este modo era porque la doctrina de Erasmo no le era sospechosa, publicó muchos edictos muy severos contra las novedades heréticas. Pero lo que hizo conocer mejor todavía el ardor de un celo suspendido por las disensiones del estado, y por la consideracion de ciertas personas, fue el atentado de algunos luteranos, iconoclastas, los cuales dentro del mismo París en un sitio que correspondia á la calle de los Rosales, y á la de los Judíos, destrozaron despues de mil ultrages la imagen de la Virgen con el niño Jesus en los brazos. El Rey ordenó que se hiciese la justicia mas egemplar, prometió mil escudos al que descubriese á los sacrilegos; y queriendo reparar en persona la injuria hecha en su capital á la Madre de Dios, mandó hacer una imagen de plata, del tamaño de la que habia sido destrozada, congregó todos los cuerpos eclesiásticos y civiles, los Príncipes de la sangre real, los embajadores de las naciones estrangeras, los oficiales supremos de la corona, y seguido de un pueblo innumerable, fue procesionalmente á colocarla con sus

Príncipe de los Apóstoles, donde se concentraron sobre todo para saciar su rabia contra el Pontificado y contra la Iglesia, escudriñaron hasta en los sepulcros de los Sumos Pontífices, para ultrajarlos aun despues de su muerte: sacaron los cuerpos de los Santos fuera de sus urnas, y los pisaron ignominiosamente: transformaron en establo la capilla pontificia, y arrojaron las bulas de los Papas á los pies de los caballos (1). Destinaron á los usos mas inmundos los vasos del santo sacrificio; se revistieron de los ornamentos sagrados, y en este traje sacerdotal montaron en asnos, é hicieron procesiones por las calles, en las que solo resonaban blasfemias de los hereges luteranos. En fin, reunidos en una de las capillas del Vaticano, y revestidos de las capas de los cardenales, depusieron á Clemente VII. Procedieron despues á la eleccion de un nuevo Pontífice, y remedando todas las formalidades del cónclave, dieron todos su voto á su maestro Lutero, quien fue proclamado Papa con voz unánime.

Los saqueadores habian salvado la vida á muchos personajes ilustres ó ricos, á prelados, oficiales, magistrados, banqueros y comerciantes, con la esperanza de sacar de ellos mayor rescate. Despues de haber arrebatado cuanto poseían en sus casas, les exigieron unas sumas imposibles de satisfacerse, que á pesar de esto esperaba su insensata codicia. Fueron colgados por los pies, quemados á fuego lento, atenaceados, despedazados á azotes, mutilados de una manera

(1) *Cochl. in Act. Scrip. Luth. p. 167.*

tan cruel como ignominiosa, forzados, ó á comer sus propias orejas que les cortaban y se las metian en la boca, ó á aprontar las sumas escesivas de las que no tenian ni aun el primer obolo estos infelices; de suerte que desesperados y poseidos de una especie de rabia, muchos de ellos se arrancaron de las manos de estos satélites, y se precipitaron por las ventanas para poner fin á unos males mas horribles que la muerte. El pillage despues de haber durado dos meses enteros en la ciudad, lo que tampoco tenia egemplo, se estendió con las mismas violencias en todo el pais comarcano. Algunos historiadores aseguran que todos cuantos saqueos habia sufrido Roma no la arrebataron juntos tantas riquezas como éste solo; á lo menos es constante, que los templos y demás monumentos de religion, mas ricos entonces que nunca lo habian sido, abandonados á una secta que contaba por piedad la ruina del santo culto, no experimentaron jamás pérdidas tan asombrosas. Pero si el infierno sacó este partido de un funesto simulacro de reforma, la Sabiduría Suprema, convirtiendo á sus fines las armas del infierno, adelantó, por medio de esta catástrofe, la reforma legítima y santa que los sábios del siglo iban retardando: todas las pérdidas temporales de Roma fueron abundantemente compensadas por el restablecimiento del orden primitivo, el cual se verá establecer muy pronto.

45. Cuando el Emperador Cárlos V supo los horribles escesos y desgracias que el furor impío de los hereges alemanes habian causado en la capital del

mundo cristiano (1), y los indignos ultrages que se habian hecho al Vicario de Jesucristo, manifestó el mayor sentimiento, suspendió los regocijos públicos que se hacian por el nacimiento del Príncipe D. Felipe su hijo, tomó un vestido de luto, mandó hacer rogativas públicas y procesiones para implorar la asistencia del cielo contra tan grandes calamidades: escribió tambien con mucha sumision al Pontífice y á otros Príncipes, disculpándose de tan funestos estragos, atribuyendo la culpa al violento duque de Borbon y al desenfreno de sus soldados hereges.

Clemente, reducido á su prision en el castillo de Sant-Angelo, sufrió allí todo lo que la peste que desolaba á Roma y que empezaba á penetrar en su fuero asilo, pudo añadir á la escasez cruel de las cosas mas necesarias á la vida. Era prohibido tan rigurosamente administrarle cosa alguna, que habiendo una muger compasiva metido algunas lechugas en un canasto echado con una cuerda por los muros del castillo, mandó el comandante de las tropas imperiales que la colgasen en la plaza, á vista del Papa, el cual por espacio de algunos días quedó como fuera de sí mismo. Fue preciso en fin que se rindiese, y subscribiese á todas las condiciones que su opresor quiso imponerle. Una de las mas soportables, aunque no para el gusto de Clemente, despues de todos los muchos ahorros que le habian reducido á la escasez en que se hallaba, fue la de pagar dentro de dos meses la suma enorme de cuatrocientos mil ducados, y

(1) *Pallav. Hist. Comil. Trid. l. 2, c. 14.*

cien mil de ellos de contado. Luego que se firmaron los artículos, temiendo todavía el Papa á sus crueles libertadores, se escapó de Roma disfrazado de mercader, y fue á arrojarle entre los brazos de aquellos franceses que su Rey, ayudado por el de Inglaterra, habia de nuevo enviado á Italia. Despues se retiró á la ciudad de Orbiato, en donde pareció no haber salido de un mal paso sino para recaer en otro, muy diferente del primero, pero no menos peligroso en su especie. Entonces fue cuando se trató por la primera vez de aquel fatal divorcio, el cual, despues de muchas sollicitaciones, consultas, agitaciones innumerables, llegó en fin á separar de la unidad y de la fe romana al Rey, al parlamento y á la iglesia de Inglaterra.

46. Antes de manifestarse este escándalo, y mientras que los defensores de la antigua creencia se despedaban por intereses puramente terrenos, los partidarios del nuevo evangelio, luteranos, zuinglianos, anabaptistas, visionarios y sacrilegos de toda especie, disputaban con furor, tanto sobre los objetos mas sagrados del culto cristiano, quanto sobre los sentidos de la Escritura santa, que todos llamaban regla única de la fe, y cada cual se creía con derecho de interpretarla á su antojo. Publicaron escritos sangrientos unos contra otros, y se hacian una guerra menos sostenida á la verdad, pero por lo comun mas viva que contra los católicos. Ellos mismos dieron los golpes mas mortales á sus sectas inconciliables. Se desacreditaron en el espíritu del mundo que los